

## RELIGIÓN Y NACIONALISMO EN LA OBRA DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

BERNAT CASTANY PRADO  
*Universitat de Barcelona*

“Hasta la aclimatación de camellos para la travesía de los desiertos del interior debe ser materia de la solicitud de un gobierno.”

*Argirópolis*, Domingo Faustino Sarmiento.

“Yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del Alcorán bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe.”

*El escritor argentino y la tradición*, Jorge Luis Borges.

### RESUMEN

En este trabajo se estudia, tomando como referencia la obra de Domingo Faustino Sarmiento, de qué modo, durante el siglo XIX, se produjo un transvase simbólico desde el imaginario religioso al nacionalista.

### PALABRAS CLAVE:

Domingo Faustino Sarmiento. Literatura argentina. Literatura y nacionalismo. Literatura y religión. Historia argentina.

### ABSTRACT

In this paper we study, focusing on the works of Domingo Faustino Sarmiento, the symbolic transfer from the religious imagination to the nationalist one that took place during the 19th century

### KEY WORDS:

Domingo Faustino Sarmiento. Argentinian literature. Literature and nationalism. Literature and religion. Argentinian history.

## INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

El objetivo de este trabajo es analizar, en la obra de Sarmiento, de qué modo se produjo, durante el siglo XIX, un transvase simbólico desde el imaginario religioso al nacionalista. Mi intención es mostrar cómo gran parte de las ideas que con-

---

<sup>1</sup> Investigación asociada al Proyecto de Investigación FFI2009-13326-c02-02

forman el acervo religioso occidental, fundamentalmente judeocristiano, como las de “fe”, “pecado original”, “redención”, “milenarismo” o “teodicea”, perviven en la ideología nacionalista, violentando uno de los principios fundamentales de la modernidad: la separación de la esfera religiosa y la política. Ciertamente, dicho proceso de desecularización encubierta no es patrimonio del nacionalismo argentino, sin embargo, obras como *Facundo*, *Argirópolis* o *Viajes y recuerdos de provincia* son especialmente interesantes, tanto por haber sido escritas por un hombre que actuó directamente en la configuración de una nación moderna, como por haber surgido en un contexto periférico, de “modernización” parcial, que hace más evidentes ciertos elementos que en otros contextos quedan más disimulados.

## I

Cuenta Sarmiento que antes de salir exiliado de Argentina, a finales de 1840, escribió con carbón, en una pared de los baños de Zonda, las palabras: “On ne tue point les idées.”<sup>2</sup> Ciertamente, la intención original de estas palabras<sup>3</sup>, que le servirán de epígrafe para su *Facundo*, es de corte liberal e ilustrado. Es posible, sin embargo, leerlas con una entonación irónica, al comprobar de qué modo, tanto en su obra literaria como en su obra política, el pensamiento religioso perdura, entremezclado con los discursos liberal y positivista, en su ideario nacionalista.

Veamos, por ejemplo, los dos epígrafes con que Sarmiento abre *Argirópolis*. De un lado, tenemos unos versículos del *Evangelio de San Juan* (18, 20-23), en los que Jesucristo se defiende ante las acusaciones del Sanedrín, que es el modo que ya había usado Sarmiento para presentarse a sí mismo en *Recuerdos de provincia*; del otro lado, tenemos una cita en la que se elogia la libertad de prensa, cuyo autor es Paul Louis Courier, polemista francés de principios del siglo XIX, de tendencia liberal y anticlerical. Ciertamente, la pacífica cohabitación entre las palabras de un mesías y las de un pensador anticlerical sólo es posible porque ambas esferas han sido reconciliadas en una tercera que las supera e incluye: el nacionalismo.

Es posible rastrear la doble faceta religiosa y liberal del nacionalismo sarmientino en las notas autobiográficas que el mismo Sarmiento nos ofrece en *Recuerdos de provincia*. No se trata, claro está, de que su vivencia del tema haya sido única. Antes bien, podemos considerarla representativa de las tensiones, ambigüedades y confu-

<sup>2</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*, Cátedra, Madrid, 2005, p. 36.

<sup>3</sup> Sarmiento se las atribuye a Fortoul, si bien unos estudiosos se las atribuyen a Volney y otros a Diderot. Véase la nota 1 de la página 35 de id., p. 35.

siones provocadas por el fuerte proceso de secularización y reacción espiritual que se vivió durante el siglo XIX. Prueba de ello es la enorme resonancia que sus ideas y escritos tuvieron en América, que hubiese sido minoritaria o inexistente, si se hubiesen referido a experiencias excepcionales o únicas.

Según nos indica el mismo Sarmiento, su educación fue “razonada y eminentemente religiosa, pero liberal.”<sup>4</sup> En lo que respecta a sus progenitores, Sarmiento afirma que su madre lo educó “en la persuasión de que iba a ser clérigo y cura de San Juan”, mientras que su padre le contagió “las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria”.<sup>5</sup>

Esta doble impronta va a perdurar fuera del ámbito familiar, ya que, por un lado, será alumno del presbítero José Oro, que era, a su vez, “muy liberal sin dejar de ser muy cristiano”<sup>6</sup>, y del que no recuerda deberle tanto sus sentimientos religiosos como “una gran parte de mis ideas generales, mi amor a la patria y principios liberales”<sup>7</sup>; y, del otro lado, será ayudante del ingeniero de origen francés Victor Barreau, del que apenas sabemos nada, pero cuyo origen y profesión solían estar asociados, en aquella época, al liberalismo.<sup>8</sup>

Sarmiento escenificará las tensiones entre las esferas religiosa y liberal en la narración de la doméstica guerra civil que va a tener lugar entre su madre, católica devota y apegada a las tradiciones religiosas coloniales, y sus “dos hermanas mayores”, introductoras de la “impiedad del siglo XVIII”, que querían retirar del comedor, para ubicarlas en el dormitorio de la madre, dos estatuas que representaban a unos santos dominicos.

Sarmiento se desmarcará de la actitud de sus hermanas, a la que atribuye, irónicamente, un “espíritu de reforma”, ya que esa “revolución”, que “venía ensañándose contra los emblemas religiosos”<sup>10</sup>, parece recordarle a la iconofobia luterana. El autor de *Facundo* también frivolizará la actitud de sus hermanas, al afirmar que estas “querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y a las preocupaciones de la época”<sup>11</sup> y considerar que su verdadera intención era que la casa “tomase un nuevo

---

<sup>4</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Emecé, Buenos Aires, 1998, p. 214.

<sup>5</sup> Id., p. 207.

<sup>6</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “Mi defensa”, en id., p. 26.

<sup>7</sup> Id., p. 26.

<sup>8</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1998, p. 26 y p. 212.

<sup>9</sup> Id., p. 191.

<sup>10</sup> Id., p. 193. Véase, en este mismo número, el artículo de Mercedes Serna Arnaiz, “De *Recuerdos de provincia* a *Conflicto y armonías de las razas en América*: El retrato de Domingo Faustino Sarmiento y el destino de América.”

<sup>11</sup> Id., p. 196.

aspecto de modernidad”<sup>12</sup>. Finalmente, Sarmiento desaprobará abiertamente ese “espíritu de innovación” que ataca a los “objetos sagrados” y que no comprende “el santo origen” de las afecciones de su madre: “Protesto que yo no tuve parte en este sacrilegio que ellas cometían, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la época.”<sup>13</sup>

Otro episodio de este enfrentamiento doméstica entre la religión y el liberalismo tuvo como objeto una “patriarcal higuera”<sup>14</sup>, que sus hermanas mayores querían talar, no sólo por cuestiones decorativas, como siempre pretende hacernos creer Sarmiento, sino también simbólicas. Una vez talada la higuera, Sarmiento decidirá “rodear de tapias aquel terreno para hacerlo productivo” y plantar una “viña de la que iba a depender en adelante gran parte de la subsistencia de la familia”.<sup>15</sup>

Con esta acción, el joven Sarmiento, que dice haberse mantenido al margen de la discusión religiosa entre su madre y sus hermanas, pretende sintetizar ambos extremos con la doble tarea que iba a ocupar su existencia: la delimitación geográfica y simbólica de la nación argentina (“rodear de tapias aquel terreno”) y la transformación de la misma en una sociedad moderna y productiva (“hacerlo productivo”). De este modo, la oposición entre religión y liberalismo desaparece, pues la religión va a verse subordinada al doble proyecto sarmientino de nacionalismo y modernidad, que va a fagocitar las formas y funciones que esta llevaba cumpliendo durante siglos.

De un lado, la religión se convierte en *ancilla* o esclava del nacionalismo (“la república Argentina ha sido trazada por la regla y el compás del Creador del universo<sup>16</sup>”) y, del otro, se convierte en mera redundancia del liberalismo (“nuestro siglo es eminentemente cristiano”, porque la igualdad de derechos y la filantropía de la modernidad no es “sino la realización de la caridad evangélica, que es el fundamento del cristianismo”<sup>17</sup>). No es extraño, pues, que Sarmiento afirme, en *Mi defensa*, que ha “abrazado con el calor y el fanatismo de una religión los principios políticos que han sucumbido hoy en mi patria”<sup>18</sup>.

Esta subordinación de la religión al nacionalismo y al liberalismo se hace patente, desde el punto de vista estilístico, en el modo como Sarmiento cierra la narración

<sup>12</sup> Id., p. 191.

<sup>13</sup> Id., p. 192.

<sup>14</sup> Id., p. 186.

<sup>15</sup> Id., p. 198.

<sup>16</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “Discurso pronunciado en ocasión de inaugurarse la estatua de Belgrano, el 24 de septiembre de 1873”, cit. en Domingo Faustino Sarmiento, *Domingo Faustino Sarmiento, Antología de pensamiento político, social y económico de América Latina*, ed. De Victoria Galvani, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1991, p. 90.

<sup>17</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *El progreso*, el 10 de marzo de 1843, cit. en *íd.*, p. 31.

<sup>18</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *op. cit.*, 1998, p. 38.

de este episodio de discordia entre religión y modernidad. Una vez el terreno vallado y productivo reemplazó la obsoleta higuera de la madre: “pude decir en mi regocijo de haber producido un bien: *et vidi quod esset bonum*, y aplaudirme a mí mismo.”<sup>19</sup>

Ciertamente, la religión no desaparece totalmente del discurso de Sarmiento, pues su síntesis o subordinación al nacionalismo y a la modernidad va a resultar mucho más conflictiva de lo que debió creer en un principio. Así, por un lado, criticará lo que dará en llamar “espíritu de represalia” del siglo XVIII mientras que, por el otro, rechazará la Inquisición, por considerar que es un “extravío lamentable” el castigar “con los suplicios más horrendos los errores del espíritu”.<sup>20</sup> Nótese, sin embargo, que la tensión no reside tanto en la crítica de ambos extremos, como en el hecho de que defiende la libertad de conciencia al mismo tiempo que afirma la existencia de “errores de espíritu”. En otra ocasión, mientras no puede sino rechazar la obra de la Inquisición, exculpa a la religión, considerando que la intolerancia “es culpa de los hombres y de la época, que era obscura esta, e ignorantes aquellos, y de ninguna manera del cristianismo, ni del catolicismo”<sup>21</sup>.

Sin embargo, no es esta tensión, fruto de lo que él llama “impulsiones contradictorias”<sup>22</sup>, lo que más le preocupa. Por así decirlo, Sarmiento no es un Unamuno atormentado por las tensiones entre la razón y la fe, pues considera que esas tensiones son solucionables mediante la subordinación de la vieja fe a esa nueva fe disfrazada de razón y de progresismo que resultará ser el nacionalismo.

Así, mientras la Iglesia es expulsada de la esfera política, ya que “la injerencia activa de sus ministros en las cuestiones políticas que nos dividen, sólo puede conducir a la larga a excitar una reacción perjudicial a los fines sagrados de su institución”<sup>23</sup>, se le reserva una misión, unos “fines sagrados”, pero subordinados a un fin que empieza a revelarse como superior: la nación. El clero, “dejando al César lo que es del César”, tiene “una gran misión de paz”, pues debe ser “un aquietador de las pasiones demasiado vehementes que los intereses políticos suscitan” y debe superponerse “a las divisiones de una política enteramente mundana”, conservando, de este modo, “el ánimo de los pueblos”.<sup>24</sup>

<sup>19</sup> Id., p. 198.

<sup>20</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “Relaciones con la Iglesia. Del Clero en la política”, *El Nacional*, 8 de mayo de 1848, cit. en Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1991, p. 79.

<sup>21</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *El progreso*, 23 de agosto de 1844: “Intolerancia”, cit. en id., p. 81.

<sup>22</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1998, p. 207.

<sup>23</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “Relaciones con la Iglesia. Del Clero en la política”, *Nacional*, 8 de mayo de 1848, cit. en Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1991, p. 80.

<sup>24</sup> Id., p. 80.

Este proceso de subordinación de la religión católica al doble proyecto nacionalista-liberal de Sarmiento es acompañado por un proceso complementario de transferencia de los conceptos, narrativas y estilos de la religión a los discursos nacionalista y liberal. De este modo, en el mismo movimiento, se seculariza la religión y se sacraliza la política.

## II

En este apartado analizaré algunos de los aspectos formales que el nacionalismo y el liberalismo, en general, y el nacionalismo y el liberalismo de Sarmiento, en particular, heredan o toman del discurso religioso. Cabe empezar señalando que el religioso no es el único discurso de prestigio del que se servirá la política del momento, sino también la ciencia y, más específicamente, el positivismo. Este doble proceso de sacralización y *cientifización* de las retóricas nacionalista y liberal, implicará la reunión de elementos heterogéneos y, en muchos casos, contradictorios. Así, el estilo de Sarmiento va a oscilar entre una retórica religiosa y otra científicista, llegando a unir, a veces, en una misma oración elementos pertenecientes a estos dos discursos tan opuestos.

En lo que respecta a las influencias retóricas de orden religioso, cabe comenzar señalando la abundancia de citas bíblicas en la obra de Sarmiento. Así, la inmigración debe hacer de la Argentina un “pueblo innumerable como las arenas del mar”<sup>25</sup>; Bolívar hizo “de aquel barro” de la vida pastoril, bárbara, americana, “su glorioso edificio”<sup>26</sup>; Rosas todavía vive, de modo que “aún no está llena la medida”<sup>27</sup>; el pueblo Argentino “ha visto y no ha comprendido”<sup>28</sup>; “Que Argirópolis sea”<sup>29</sup>; “Llamaos los Estados Unidos de la América del Sud”<sup>30</sup>.

El aparato bíblico es tan abundante que obras como *Mi defensa* (1843) y el *Facundo* (1845) recuerdan el estilo de *Ecce homo* (1889) y *Así habló Zaratustra* (1883-1885), de Nietzsche, respectivamente, quien también usó y abusó del estilo bíblico. Ambos son ejemplos de una reapropiación o fagocitación del estilo bíblico. Sarmiento, para la causa nacionalista, Nietzsche para la causa atea o inmanentista.

<sup>25</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 44.

<sup>26</sup> Id., p. 49.

<sup>27</sup> Id., p. 47.

<sup>28</sup> Id., p. 54.

<sup>29</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Arjirópolis o la capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*, Imprenta de Julio Belin, Santiago, 1850, p. 92.

<sup>30</sup> Id., p. 142.

Por otra parte, en las primeras páginas de *Facundo*, Sarmiento va a utilizar una retórica muy intensa, a veces, violenta, de aleccionamiento o predicación. Dice que va a hablar “con unción en las palabras”<sup>31</sup>; sostiene que va a mostrar la verdad a los pueblos, “como Dios muestra las cosas que llamamos evidentes, que se han prosternado ante un fantasma”<sup>32</sup>; y se dirige a esos “otros pueblos y otros hombres que no deben quedar sin humillación y ser aleccionados”<sup>33</sup>, diciéndoles “¡leed, miserables, y humillaos! ¡He ahí vuestro hombre! y hacer efectivo aquel *Ecce Homo* tan mal señalado por los poderosos al desprecio y al asco de los pueblos.”<sup>34</sup>

En lo que respecta a la influencia retórica del estilo científico o positivista, cabe empezar distinguiendo entre el lenguaje propiamente científico, que sería aquel que utilizan los científicos para comunicar sus investigaciones y hallazgos, y el lenguaje cientificista, que sería una apropiación meramente retórica de dicho lenguaje, con el objetivo de lograr un mayor poder de convicción en esferas no científicas como, por ejemplo, la política.

Es en este segundo sentido que afirmamos que el estilo de Sarmiento es cientificista. Sarmiento no duda en apelar al prestigio del estilo científico para reforzar afirmaciones, argumentos o teorías que una mente científica mínimamente atenta no hubiese dudado en rechazar. Coincido, pues, con Solodkow, en que “Sarmiento no hace sino colocar en circulación, hacia el interior de su texto, el heterogéneo conjunto de discursos cientificistas de la época. Ensambla, como piezas de un engranaje, segmentos discursivos que, una vez yuxtapuestos, construyen lo que Foucault ha denominado efecto de verdad.”<sup>35</sup>

En *Facundo*, Sarmiento desplegará todo el aparato retórico de la etnografía y la sociología positivistas para *autorizar* su peculiar ensayo de exégesis nacional: “Doy tanta importancia a estos pormenores, porque ellos servirán a explicar todos nuestros fenómenos sociales”<sup>36</sup>.

En *Argirópolis*, insistirá recurrentemente en el carácter científico y objetivo de su escrito: “Nosotros no prejuzgamos nada”<sup>37</sup>, “todo nuestro estudio dirigido por la más severa imparcialidad”<sup>38</sup>, “[quiero] poner en este examen la más severa impar-

---

<sup>31</sup> Id., p. 53.

<sup>32</sup> Id., p. 53.

<sup>33</sup> Id., p. 52.

<sup>34</sup> Id., p. 53.

<sup>35</sup> David Solodkow, “Racismo y nación: conflictos y (des)armonías identitarias en el proyecto nacional sarmientino”, en *Revista Decimonónica*, Volumen 2, número 1, verano, 2005, p. 111.

<sup>36</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 103.

<sup>37</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1850, p. 78.

<sup>38</sup> Id., p. 50.

cialidad”<sup>39</sup>. Por si esto no fuese suficiente, en este mismo libro, Sarmiento pretenderá eliminar toda disensión fijando “el sentido e importancia”<sup>40</sup> de palabras como “Montevideo”, “Paraguay” o “navegación de los ríos”, a las que pretende dejar “fuera de controversia”<sup>41</sup>.

Aun teniendo en cuenta el estadio primitivo en que las ciencias sociales se hallaban en ese momento, Sarmiento muestra una total indiferencia hacia el método científico. Lo cierto es que, para Sarmiento, no sólo la religión, sino también la ciencia, debía subordinarse al doble proyecto de construcción nacional. Por así decirlo, Sarmiento ya sabe lo que quiere saber y no necesita a la ciencia para encontrarlo, sino sólo para darle una mayor fuerza retórica. También la ciencia es *ancilla* o esclava del nacionalismo.

Recordemos, por ejemplo, cómo uno de los capítulos de *Conflicto y armonía de las razas en América* lleva el riguroso título de “Etnología americana”, cuando, tal y como muestra Solodkow, “su *etnología* es totalmente ficcional, carente de datos empíricos, se trata de un indio inventado”<sup>42</sup>.

Algo parecido sucede en el capítulo VIII de *Facundo*, donde presenta, bajo el ropaje retórico de la etnografía y la sociología, un comentario de la bandera argentina, que recuerda fuertemente a las alegorías medievales, y una teoría que dice demostrar que los países que tienen una bandera que incluya el color *colorado* tienen una marcada tendencia hacia la barbarie.<sup>43</sup> En ese mismo capítulo, Sarmiento realizará otra afirmación etnográfica de alto vuelo al aducir, como prueba de que los vestidos son indicio del grado de civilización de las diversas culturas, el hecho de que el frac empezase a vestirse en Europa tras el renacimiento de las ciencias modernas.<sup>44</sup>

La promiscuidad retórica y conceptual de Sarmiento es tal que, en muchas ocasiones, este no duda en mezclar en una misma oración o párrafo expresiones religiosas y científicas, dando lugar a un estilo mixto que prueba que el referente de su discurso no es ni la ciencia ni la religión, sino esa tercera instancia superior y omniabarcadora que es el nacionalismo.

Veamos, por ejemplo, cómo, en *Recuerdos de provincia*, al hablar de su admiración hacia Aberastain, uno de sus maestros, Sarmiento afirmará que “la estimación de los buenos es un galvanismo para las sustancias análogos”, para afirmar, a conti-

<sup>39</sup> Id., p. 10.

<sup>40</sup> Id., p. 9.

<sup>41</sup> Id., p. 10.

<sup>42</sup> David Solodkow, op. cit., p. 100.

<sup>43</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 191-192.

<sup>44</sup> Id., p. 193-194

nuación, “una mirada de benevolencia de ellos puede decir a Lázaro, levántate y marcha.”<sup>45</sup> En *Facundo*, llamará a la ciencia y la industria “a sentarse en medio de nosotros”<sup>46</sup> y afirmará que a los hechos “fáltales la evidencia que trae la estadística, que cuenta las cifras, que impone el silencio a los fraseadores presuntuosos y hace enmudecer a los poderosos imprudentes.”<sup>47</sup>

Sin embargo, la influencia religiosa va mucho más allá del estilo, ya que condiciona también la estructura narrativa misma de los escritos de Sarmiento. No se trata sólo de que este escribiese una *Vida de Jesucristo*, “para aquietar” los “temores” del obispo de San Juan<sup>48</sup>, sino de que Sarmiento tiene una particular concepción de la biografía, que expone en “Apuntes biográficos”<sup>49</sup>, y que recuerda mucho a la hagiografía o teratología medieval y al mismo evangelismo, pues confía en que los dichos y hechos de esos apóstoles, mártires o demonios –pues también Facundo es “una manifestación de la vida argentina”<sup>50</sup>– expresa el espíritu de esa nueva divinidad que es la nación. Si las vidas de esas personas son expresión directa de la nación, sus biografías son la palabra sagrada en la que buscarla, la “instrucción más directa y más clara.”<sup>51</sup>

Esto se hace evidente en *Facundo*, que tiene una estructura narrativa claramente evangélica. No importa que los hechos, milagros y palabras de Facundo no sean tanto las de un mesías como las de un anticristo de la nación Argentina, pues el demonio siempre es presentado de forma totalmente invertida a como es presentado Dios.

Para empezar, *Facundo* recuerda a los *Evangelios* en el carácter fragmentario de su narración (“Lo más ordenado que de esta vida oscura y errante he podido recoger, es lo siguiente”<sup>52</sup>); en el modo en como presenta su propio proceso de escritura (“fruto de la inspiración del momento, sin el auxilio de documentos a la mano”<sup>53</sup>); en la multiplicidad de fuentes y perspectivas (“Me fatigo de leer infamias en todos los manuscritos que consulto”<sup>54</sup>, “He evocado, pues, mis recuerdos, y buscado para complementarlos los detalles que han podido suministrarme hombres que lo cono-

<sup>45</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1998, p. 204.

<sup>46</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 44.

<sup>47</sup> Id., p. 53.

<sup>48</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1998, p. 282.

<sup>49</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “Apuntes biográficos”, *El Progreso*, Santiago, 1845.

<sup>50</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 48.

<sup>51</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “De las biografías”, *El Mercurio*, Valparaíso, 20 de mayo de 1842, cit. en Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 12.

<sup>52</sup> Id., p. 134.

<sup>53</sup> Id., p. 51.

<sup>54</sup> Id., p. 163.

cieron en su infancia...<sup>55</sup>); o en la narración mitificadora de la vida de un único personaje (“Facundo Quiroga es el caudillo cuyos hechos quiero consignar en el papel.”<sup>56</sup>)

Incluso la difusión de *Facundo* en el territorio argentino recuerda, tal y como la describe el propio Sarmiento, a la difusión de la Buena Nueva durante los primeros siglos del cristianismo: secreta, peligrosa, lenta, pero de avance imparable gracias a la ayuda de la Providencia o Nación, hasta conquistar Roma o Buenos Aires y fundirse con el imperio o el estado-nación: “mi pobre librejo ha tenido la fortuna de hallar en aquella tierra, cerrada a la verdad y a la discusión, lectores apasionados, y de mano en mano deslizándose furtivamente, guardado en algún secreto escondite...”<sup>57</sup>

La misma estructura narrativa de *Facundo* tiene fuertes resonancias bíblicas. La primera de las dos partes que componen dicha obra se centra en “el paisaje” en el que la vida de Facundo va a tener lugar. Dicho espacio o mundo va a ser presentado mediante numerosas referencias al *Génesis*. Para empezar, Sarmiento describe la tierra Argentina como un paraíso terrenal, como una Mesopotamia atravesada por ríos navegables. Que dichos ríos sean “navegables” es importante, pues evidencia que el paraíso en el que piensa Facundo no es, a pesar de los parecidos retóricos, el de la religión, sino el de la nación moderna, industrializada y liberal con la que soñaba. En *Argirópolis*, dirá que “la naturaleza no ha creado pedazo de tierra más privilegiado.”<sup>58</sup>

Sin embargo, el pueblo argentino va a ser expulsado de dicho paraíso terrenal. Dicha expulsión no debe ser entendida en términos geográficos. Sarmiento no parece estar refiriéndose a aquellos que, como él, han tenido que exiliarse de Argentina. Al fin y al cabo, los exiliados son los únicos argentinos que no han cometido, en su opinión, ningún pecado. La expulsión del paraíso terrenal se refiere, más bien, al hecho de que el pueblo argentino no es capaz de realizar el potencial paradisiaco del territorio en el que vive.

En *Argirópolis*, donde ahonda más en la redención que en la caída, que es el aspecto que más se trata en *Facundo*, Sarmiento señala la vía de la redención, del regreso al paraíso o, más bien, de su realización: “¡Cuántos trabajos tiene que emprender aún la bella y favorecida provincia de Buenos Aires! Sus campañas son eriales tales como han salido de las manos de la naturaleza.”<sup>59</sup>

<sup>55</sup> Id., p. 47.

<sup>56</sup> Id., p. 47.

<sup>57</sup> Id., p. 51.

<sup>58</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1850, p. 96.

<sup>59</sup> Id., p. 137.

La segunda parte de *Facundo*, en cambio, se centra en la vida de ese Anticristo que no redime sino que condena, de ese Adán que simboliza el pecado original de la nación Argentina: la barbarie. Este Cristo de la barbarie se merece una narración simétricamente inversa a la del Cristo redentor.

Sarmiento empieza contándonos que Facundo “fue hijo de un sanjuanino de humilde condición”<sup>60</sup>, que tenía el oficio de pastor<sup>61</sup>, para luego referirnos toda una serie de anécdotas de su infancia que, según él, siguen explicándose por todo el país: “De Facundo se refieren hoy varias anécdotas, muchas de las cuales lo revelan todo entero.”<sup>62</sup>

En oposición a la escena en la que Jesús se pierde y es hallado por su madre predicando en el templo, Facundo, calificado como “alma rebelde”<sup>63</sup>, que es la característica principal del demonio, que se rebeló contra Dios, le propinará una bofetada a un maestro<sup>64</sup>. En otra ocasión, Facundo prenderá “fuego al techo de pajas” de la habitación “en que padre y madre dormían”<sup>65</sup> y le dará una bofetada a su padre<sup>66</sup>, quien “pidió una vez al Gobierno de la Rioja que lo prendieran para contener sus demasías”.<sup>67</sup> Por si esto fuera poco, más adelante, mató a su hijo Juan de un hachazo en la cabeza porque no había forma de hacerlo callar<sup>68</sup>.

“Llamábanle los peones *el Padre*.”<sup>69</sup> Pero en vez de ser pacífico y misericordioso, ejercía “venganzas sobre el primer objeto que se le presentaba”<sup>70</sup>. Se jugará con los criados de su casa un cargamento de grana de sus padres<sup>71</sup>. A continuación, el evangelista Sarmiento dice omitir “una larga serie de hechos” que confirman “el mal carácter, la mala educación, y los instintos feroces y sanguinarios de que estaba dotado.”<sup>72</sup>

---

<sup>60</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 132.

<sup>61</sup> Más adelante veremos que Sarmiento va a reconvertir a Facundo de Anticristo en Anti-San Juan, puesto que su función ha sido preparar, desde el desierto, la llegada del verdadero Anticristo, del demonio de la barbarie argentina, Juan Manuel Rosas.

<sup>62</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 132.

<sup>63</sup> Id., p. 136.

<sup>64</sup> Id., p. 132.

<sup>65</sup> Id., p. 137.

<sup>66</sup> Id., p. 137.

<sup>67</sup> Id., p. 137.

<sup>68</sup> Id., p. 141.

<sup>69</sup> Id., p. 134.

<sup>70</sup> Id., p. 135.

<sup>71</sup> Id., p. 134.

<sup>72</sup> Id., p. 139.

En la pubertad matará de un balazo a su primera víctima.<sup>73</sup> Luego vivirá “perseguido siempre, jugando, trabajando” de peón.<sup>74</sup> Aunque en otro plano, la vida de Facundo será entendida, al igual que la de Cristo, como un “descender desde “una casa decente”, que simboliza la civilización, que es el bien en el sistema de pensamiento de Sarmiento, “a la condición del gañán”, del gaucho, que simboliza la barbarie, que es el mal del que Argentina debe redimirse.<sup>75</sup>

Facundo siente la vocación de ser Cristo de la barbarie o Anticristo de la civilización: “Se sentía llamado a mandar, a surgir de un golpe, a crearse él solo, a despecho de la sociedad civilizada y en hostilidad con ella, una carrera a su modo, asociando el valor y el crimen, el gobierno y la desorganización.”<sup>76</sup>

Como el de Cristo, el rastro de Facundo se perderá durante algunos años para reaparecer después en la capital: “Facundo reaparece después en Buenos Aires”<sup>77</sup>. A continuación, Sarmiento narra toda una serie de sucesos que recuerdan fuertemente a las parábolas neotestamentarias: “Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto...”<sup>78</sup>, “Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado...”<sup>79</sup>, “Necesitaba otra vez y había pedido un hombre resuelto...”<sup>80</sup> Sarmiento no deja de notar que todas estas anécdotas “tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe.”<sup>81</sup>

Por otra parte, todos estos hechos no sólo “descubren un hombre superior”, sino que “han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa entre hombres groseros, que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales.”<sup>82</sup> Regresando a un registro más moderno y “cientificista”, Sarmiento señala que era el mismo Facundo quien buscaba ese efecto mitificador, pues “rodeábase de misterios”<sup>83</sup>.

A continuación, Sarmiento insiste en el parecido que existe entre la Rioja y Palestina: “El aspecto de la Palestina es parecido al de la Rioja, hasta en el color rojizo u ocre de la tierra, la sequedad de algunas partes, y sus cisternas; hasta en sus

---

<sup>73</sup> Id., p. 133.

<sup>74</sup> Id., p. 133.

<sup>75</sup> Id., p. 133.

<sup>76</sup> Id., p. 136.

<sup>77</sup> Id., p. 135.

<sup>78</sup> Id., p. 142.

<sup>79</sup> Id., p. 143.

<sup>80</sup> Id., p. 143.

<sup>81</sup> Id., p. 142.

<sup>82</sup> Id., p. 144.

<sup>83</sup> Id., p. 142.

naranjos, vides e higueras de exquisitos y abultados frutos, que se crían donde corre algún cenagoso y limitado Jordán.”<sup>84</sup> Tanto es así que “lugares hay en que la población se alimenta exclusivamente de miel silvestre y de algarroba, como de langostas San Juan en el desierto.”<sup>85</sup> También en *Argirópolis* afirmará que en Argel, Marruecos y Egipto “no es más ardiente ni la tierra es más árida que en la provincia de la Rioja.”<sup>86</sup>

Utilizando un conocido argumento borgeano, que afirma que la autoría del *Corán* se prueba por el hecho de que en dicho libro no se mencionen camellos, podríamos afirmar que la *religiosidad* de Sarmiento se prueba en el hecho de que desease que en la Argentina hubiese camellos: “Hasta la aclimatación de camellos para la travesía de los desiertos del interior debe ser materia de la solicitud de un gobierno.”<sup>87</sup>

Su entrada en la Rioja, con la que “principia la vida pública de Facundo”<sup>88</sup>, según Sarmiento, es la inversión de la entrada de Cristo en Jerusalén. Para empezar, Facundo no entra en ella para salvarla, sino para destruirla: “¡ay de ti, ciudad! ¡En verdad os digo que dentro de poco no quedará piedra sobre piedra!”<sup>89</sup> Y es que cualquier ciudad, sea Buenos Aires o La Rioja, por ser lugar de civilización, debe ser destruida por Facundo, el espíritu maligno de la barbarie: “Su encono contra la gente *decente*, contra la *ciudad*, es cada día más visible”<sup>90</sup>.

Así, en su entrada a la ciudad, Facundo “hizo cesar los repiques de las campanas”<sup>91</sup>; “hizo nombrar por Gobernador a un español vulgar”<sup>92</sup>, símbolo de la antigua barbarie que quiere restaurar, en parte; y dio inicio al “nuevo orden de cosas”<sup>93</sup>, que es un desorden, un mundo al revés, tal y como Dante caracteriza el infierno en su *Divina comedia*.

Un día, “sabiendo que el cura de la Concepción era *libertino*, mandó traerlo con sus soldados, vejándolo en el tránsito”<sup>94</sup>. Es digno de notar que Facundo no condena al cura a esta *pasión* por ser cura, sino, antes bien, por ser “libertino”, lo que demuestra que Facundo no es el Anticristo del cristianismo, sino de la nación argentina moderna y liberal.

<sup>84</sup> Id., p. 147.

<sup>85</sup> Id., p. 147.

<sup>86</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1850, p. 135.

<sup>87</sup> Id., p. 135.

<sup>88</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 149.

<sup>89</sup> Id., p. 150.

<sup>90</sup> Id., p. 159.

<sup>91</sup> Id., p. 155.

<sup>92</sup> Id., p. 155.

<sup>93</sup> Id., p. 155.

<sup>94</sup> Id., p. 200.

Por si esto no fuera suficiente, Sarmiento señala que sus acciones no tienen ningún sentido humano, sino que, simplemente “se ha sentido con fuerzas: ha estirado los brazos, y ha derrocado la *ciudad*.”<sup>95</sup>

El mal de ese infierno, cuya bandera es “un paño negro con una calavera y huesos cruzados en el centro”<sup>96</sup> y en el que el “nombre misterioso y terrífico” de Facundo “empezaba a resonar por todas partes”<sup>97</sup>, es la barbarie, que el pueblo argentino lleva en la sangre. Facundo es el demonio que simboliza el pecado mismo que el pueblo argentino debe expiar: “¡Mirad que sois españoles y la Inquisición educó así a la España! ¡Esta enfermedad la traemos en la sangre!”<sup>98</sup>

La muerte de Facundo recuerda también a la pasión de Cristo. La víspera, Facundo tendrá “siniestros presentimientos”<sup>99</sup>, “lo sabe todo”<sup>100</sup>, incluso un joven, que hace las veces de Antijudas, le avisa de que lo van a matar<sup>101</sup>; pero, como Cristo, no va a intentar evitar su apresamiento, sino que presenta una “extraña obstinación en ir a desafiar la muerte”.<sup>102</sup>

En una perfecta inversión de los *Evangelios*, la víspera de su muerte, sus acompañantes no pueden dormir<sup>103</sup>, mientras que él, “después de tomar una taza de chocolate”, que cumple la función de una última cena criolla, “se duerme profundamente.”<sup>104</sup> Tras recibir un balazo en un ojo, “Facundo murió corporalmente”, pero “su nombre podía escaparse y sobrevivir algunos años más sin castigo ejemplar.”<sup>105</sup> Ciertamente, diez años después de su muerte “el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: “¡No! ¡no ha muerto!; ¡Vive aún! Él vendrá!”<sup>106</sup>”

Pero no sólo las poblaciones rurales, presentadas aquí como símbolo de la barbarie argentina, mitifican a Facundo, conceptualizándolo como un mesías que ha de regresar, sino que el mismo Sarmiento lo caracteriza como un ser “divino”. Que Facundo encarne el mal no entra en contradicción con su condición divina, ya que, para el maniqueísmo sarmientino, tanto el bien como el mal tienen un estatuto divi-

<sup>95</sup> Id., p. 151.

<sup>96</sup> Id., p. 191.

<sup>97</sup> Id., p. 161.

<sup>98</sup> Id., p. 196.

<sup>99</sup> Id., p. 298.

<sup>100</sup> Id., p. 301.

<sup>101</sup> Id., p. 302.

<sup>102</sup> Id., p. 302.

<sup>103</sup> Id., p. 303.

<sup>104</sup> Id., p. 303.

<sup>105</sup> Id., p. 52.

<sup>106</sup> Id., p. 38.

no. Facundo no es contingente, sino necesario, que es uno de los atributos de la divinidad, pues no fue “lo que fue (...) por un accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y ajenos de su voluntad.”<sup>107</sup> Así, Facundo es la encarnación no ya de Dios, sino de la nación argentina bárbara (“Algo debe de haber predestinado en este hombre<sup>108</sup>”), que va a tener que ser derrotada por la encarnación de la nación argentina civilizada, que llevará a cabo el mismo Sarmiento.

### III

El elemento religioso de la obra de Sarmiento va mucho más allá de los aspectos estilísticos y narrativos que acabamos de señalar. También el andamiaje conceptual del pensamiento sarmientino es de corte teológico. Podríamos hablar, utilizando la expresión de Spinoza, de una teología-política, que no deja de ser, como veremos más adelante, una contradicción en los términos.

Para empezar, la teología nacionalista de Sarmiento es de corte maniqueo. Argentina es el campo de batalla en el que luchan la civilización y la barbarie, esas “fuerzas que han luchado con diversos nombres durante treinta años”<sup>109</sup>, y que no dejan de ser, a su vez, nombres del bien y del mal. Así, las “dos sociedades distintas, rivales e incompatibles” que componen la Argentina, “la una española europea culta, y la otra bárbara, americana, casi indígena”<sup>110</sup>, representan la lucha eterna y universal entre el bien y el mal: “siempre ha habido en los pueblos todo esto, y nunca el mal ha triunfado definitivamente.”<sup>111</sup>

Facundo Quiroga se erige en el demonio o personificación del mal o barbarie, al oponerse a Rivadavia, el presidente ilustrado, que quiere civilizar, esto es, redimir la Argentina. No importa que Facundo responda a las reformas eclesiásticas de Rivadavia con la divisa “Religión o muerte”, ya que la suya es la religión del oscurantismo, el fanatismo y la inquisición, y no la religión subordinada al nacionalismo y al progresismo que desea Sarmiento.

Este maniqueísmo tiene un tinte platónico, pues, según Sarmiento, la materialidad o carnalidad de la barbarie impide la espiritualidad de la vida civilizada: “La vida del campo ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las

---

<sup>107</sup> Id., p. 48.

<sup>108</sup> Id., p. 219.

<sup>109</sup> Id., p. 13.

<sup>110</sup> Id., p. 104.

<sup>111</sup> Id., p. 45.

de la inteligencia.”<sup>112</sup> Así, la Argentina bárbara es una sociedad “en que la cultura del espíritu es inútil o imposible.”<sup>113</sup>

En el imaginario religioso, el desierto es el lugar en el que habita el demonio. También en el imaginario sarmientino, el “desierto”, que rodea a las ciudades, que son el espacio de la civilización, es el lugar de la barbarie. En el desierto sólo prospera el mal, pues en él “la civilización es del todo irrealizable, la barbarie es normal”<sup>114</sup>. En el desierto “queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada”, la dispersión es “todo lo contrario del municipio romano”, es “algo parecido a la feudalidad de la Edad Media”<sup>115</sup>, que es otro de los nombres del mal para Sarmiento.

Es el desierto sarmientino, como el religioso, un lugar de tentaciones, pues la barbarie que lo habita “no deja de tener sus atractivos”, ya que en él no se trabaja, sino que se pasa el tiempo en “partidas de placer”, “ostentación” y aventura.<sup>116</sup> Tanto es así que en el desierto, hasta el sacerdote “se desmoraliza en la inacción y en la soledad; los vicios, el simoníaquismo, la barbarie normal penetran en su celda...”<sup>117</sup>

El pueblo argentino que habita el desierto recuerda al pueblo de Israel antes de tomar posesión de la tierra prometida: “creía estar en los tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela.”<sup>118</sup> En un registro más “cientificista”, la Argentina del desierto es prehistórica, pues en ella la religión se halla reducida “a la religión natural.”<sup>119</sup>

Además del mal abstracto, en el desierto viven demonios muy concretos: los indios, los negros y los mestizos de españoles, indios y negros, que, como veremos, representan el verdadero pecado original de la Argentina, pues de dicho mestizaje “ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial”<sup>120</sup>.

A pesar de estar utilizando un esquema conceptual de corte religioso, Sarmiento va a intentar justificarlo, en su habitual mezcolanza de discursos heteróclitos, de un modo “científico”. Según Sarmiento, en la caravana que cruza el desierto se gesta el mal de la Argentina, pues “muchos filósofos han creído también que las llanuras preparaban las vías al despotismo”<sup>121</sup>, ya que en los desiertos se establece “el predomi-

<sup>112</sup> Id., p. 74.

<sup>113</sup> Id., p. 101.

<sup>114</sup> Id., p. 70.

<sup>115</sup> Id., p. 68-69.

<sup>116</sup> Id., p. 74.

<sup>117</sup> Id., p. 70.

<sup>118</sup> Id., p. 71.

<sup>119</sup> Id., p. 71.

<sup>120</sup> Id., p. 63.

<sup>121</sup> Id., p. 61.

nio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate.”<sup>122</sup>

Rodeadas por el desierto, se hallan esos “estrechos oasis de civilización”<sup>123</sup> que son las ciudades del interior y Buenos Aires. La redención de las ideas europeas “era sólo interesante e inteligible para las ciudades argentinas, extraña y sin prestigio para las campañas.”<sup>124</sup> Ciertamente, dichas ciudades tienen también su desierto interior, que “se le insinúa en las entrañas”<sup>125</sup>, pero son lugares en los que la civilización, el bien, tiende a predominar.

Sin embargo, las ciudades han sido invadidas por la barbarie, que elimina “toda forma *civil*”<sup>126</sup>. Sarmiento lamenta con un tono bíblico la destrucción de esos bastiones del bien que son las ciudades: “¡Ay de ti, Betsaida y Corozain! ¡En verdad os digo que Sodoma y Gomorra fueron mejor tratadas que lo que debíais serlo vosotras!”<sup>127</sup>

Entre todas las ciudades que “han sido aniquiladas”<sup>128</sup>, Buenos Aires es la ciudad santa, la Jerusalén argentina, porque está en contacto permanente con el bien, que es la civilización: “Ella sola en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota la ventaja del comercio extranjero; ella sola tiene poder y rentas.”<sup>129</sup>

Sarmiento presenta a Buenos Aires como una de las ciudades sobre las que “la barbarie y la violencia bajaron”<sup>130</sup>: es “el pueblo más rico de América, pero también el más subyugado y más degradado”<sup>131</sup> y “fuera ya la babilonia Americana, si el espíritu de la Pampa no hubiese soplado sobre ella”.<sup>132</sup> Es necesario, pues, liberar y reconquistar la ciudad tomada, como si de una cruzada se tratase: “Pregúntasenos ahora, ¿por qué combatimos? Combatimos por volver a las ciudades su vida propia.”<sup>133</sup>

---

<sup>122</sup> Id., p. 62.

<sup>123</sup> Id., p. 66.

<sup>124</sup> Id., p. 108.

<sup>125</sup> Id., p. 56.

<sup>126</sup> Id., p. 114.

<sup>127</sup> Id., p. 164.

<sup>128</sup> Id., p. 115.

<sup>129</sup> Id., p. 59.

<sup>130</sup> Id., p. 59.

<sup>131</sup> Id., p. 115.

<sup>132</sup> Id., p. 58.

<sup>133</sup> Id., p. 125.

Pero si las ciudades han sido conquistadas es porque han pecado. Del mismo modo que, en el imaginario religioso medieval, el demonio no puede entrar en una casa si no es invitado a entrar –lo que no deja de ser una hermosa metáfora de la libertad humana–, la barbarie sólo ha podido entrar en las ciudades porque estas la invitaron a entrar. En las ciudades, los partidos en lid apelaron a la fuerza del campo para someterse mutuamente: “¡De este instrumento se sirvieron los partidos diversos de las ciudades cultas, y principalmente el menos revolucionario, hasta que andando el tiempo, los mismos que lo llamaron en su auxilio, sucumbieron, y con ellos la ciudad, sus ideas, su literatura, sus colegios, sus tribunales, su civilización!”<sup>134</sup>

¿Quién gobierna la Buenos Aires conquistada por el mal que ahora, “en lugar de mandar ahora luces, riqueza y prosperidad al interior, mándale sólo cadenas, hordas exterminadoras”?<sup>135</sup> Juan Manuel Rosas, verdadero Anticristo, que supera a Facundo, porque lo que en este “era sólo instinto, iniciación, tendencia”, se convirtió en él “en sistema, efecto y fin”<sup>136</sup>. A partir de este momento, Facundo será reducido al papel de preparador, de anunciador, de anti-Bautista de Rosas.

Por no repetirse, Sarmiento abrevia la narración evangélica y sólo nos informa de que fue insoportable a su familia hasta tal punto que “su padre” lo desterró “a una estancia”<sup>137</sup>; de que lo caracteriza “el exceso de vida”<sup>138</sup>, hecho que está en perfecta consonancia con el platonismo que notamos más arriba, pues lo incapacita para la vida del espíritu; de que “ha profanado los altares poniendo en ellos su infame retrato”<sup>139</sup> y “ha degollado sacerdotes”<sup>140</sup>; de que pasa “encerrado meses en su casa, sin dejarse ver de nadie”<sup>141</sup>; y de que su madre “se ha hecho servir de rodillas hasta estos últimos años”.<sup>142</sup>

Del mismo modo que Miguel Ángel Asturias utiliza al dios Tohil para simbolizar al dictador Manuel Estrada Cabrera, Sarmiento utiliza al Demonio y a sus generales, Gog y Magog, para caracterizar a Juan Manuel Rosas, que es un “genio maldito” que “no nació sino para destruir”<sup>143</sup>, “un monstruo” que se ha “rodeado de

<sup>134</sup> Id., p. 110.

<sup>135</sup> Id., p. 60.

<sup>136</sup> Id., p. 38.

<sup>137</sup> Id., p. 321.

<sup>138</sup> Id., p. 322.

<sup>139</sup> Id., p. 356 y 366.

<sup>140</sup> Id., p. 356 y 366.

<sup>141</sup> Id., p. 356 y 366.

<sup>142</sup> Id., p. 321.

<sup>143</sup> Id., p. 371.

cadáveres”<sup>144</sup> y un “tirano sin rival hoy en la tierra”<sup>145</sup>, de “falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión”.<sup>146</sup>

Frente al Cristo pastor que ama y defiende a sus ovejas, Rosas se erige en un Anticristo cuyos castigos y arbitrariedades son “medios de *domar a la ciudad*” y “dejarla al fin como el ganado más manso y ordenado que se conoce”.<sup>147</sup> No debe extrañarnos que el modelo del infierno edificado por Rosas se halle “en la ESTANCIA DE GANADOS, en que ha pasado toda su vida, y en la *Inquisición* en cuya tradición ha sido educado”<sup>148</sup>, que son los símbolos del pecado original argentino, esto es, de la barbarie.

Ciertamente, “Rosas no ha inventado nada”, sino que hace “de los instintos brutales de las masas ignorantes un sistema meditado y coordinado fríamente.”<sup>149</sup> También en el infierno cristiano los castigos no son más que una sistematización amplificada y revertida hacia los pecadores de los pecados cometidos. Es normal, pues, que los castigos demoníacos de Rosas sean presentados como surgidos de la barbarie argentina, siempre relacionada por Sarmiento con las actividades propias del campo ganadero: *enchalecar* o coser a un forro de cuero fresco y dejarlos abandonados en los campos; *degollar*, que es como se sacrifica a las reses, en vez de fusilar, etc.<sup>150</sup> Son “formas gauchas” o “americanas” de la muerte<sup>151</sup>.

Esos castigos tienen, como dijimos, una razón que reside, según Sarmiento, en que el pueblo argentino es, en parte, culpable de su barbarie. El mismo Sarmiento señalará que “nunca hubo gobierno más popular, más deseado, ni más bien sostenido por la opinión”<sup>152</sup> y que Rosas “ha encontrado millares de seres degradados que se unzan a su carro para arrastrarlo por encima de cadáveres”<sup>153</sup>.

Esta *filiol del infierno en la tierra*, como diría Joseph Roth, se caracteriza, como el infierno de Dante, por ser un mundo al revés. Según Sarmiento, Rosas ha obrado una “subversión radical”<sup>154</sup>, lo que se pone de manifiesto en el hecho de que “todo el sistema se reduce a burlarse del sentido común”; de que “la unidad de la

---

<sup>144</sup> Id., p. 367.

<sup>145</sup> Id., p. 39.

<sup>146</sup> Id., p. 39.

<sup>147</sup> Id., p. 324.

<sup>148</sup> Id., p. 323.

<sup>149</sup> Id., p. 111.

<sup>150</sup> Id., p. 111.

<sup>151</sup> Id., p. 112.

<sup>152</sup> Id., p. 311.

<sup>153</sup> Id., p. 39.

<sup>154</sup> Id., p. 366.

República se realiza a fuerza de negarla”; de que se haya “cambiado el sentido de las palabras”; y de que haya quedado “la antigua cuestión de los partidos de ciudad desnaturalizada”<sup>155</sup>.

¿Pero cuál es el mal supremo al que aspira este Satán criollo? Rosas quiere acentuar “todo lo que de bárbaros tenemos”, “todo lo que nos separa de la Europa culta”<sup>156</sup>, que es el paraíso perdido que Argentina debe recobrar. Por eso, con Rosas, la ciudad va a ser invadida por los demonios que habitaban el desierto, los indios, los negros y los gauchos mestizos; esas “razas diversas” que “vinieron en su apoyo”<sup>157</sup>.

Otro elemento religioso en el nacionalismo de Sarmiento es el providencialismo. Ciertamente, hacia el final de *Facundo*, Sarmiento nos sorprende afirmando que Rosas “es un grande y poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa.”<sup>158</sup>

En un principio, las palabras de Sarmiento parecen irónicas, pero, a continuación, el lector se topa con toda una serie de “razones” que, al modo de “Las tres versiones de Judas”, de Borges, presentan a Rosas como un divino traidor cuya función era ejecutar la pasión que el pueblo argentino necesitaba sufrir para redimirse de sus pecados. El pueblo argentino no debe, pues, quejarse: “demos por bien hecho lo que de mano de Maestro está hecho.”<sup>159</sup> Resulta, pues, que Rosas, en un proceso que “nos ha costado torrentes de sangre”<sup>160</sup>, ha conseguido unir el país<sup>161</sup>; ha logrado que las ciudades y las campañas simpaticen en su contra formando una unión “íntima”<sup>162</sup>; ha propiciado que en sus ejércitos mueran “los gauchos, la plebe y los compadritos” que “lo elevaron”<sup>163</sup>; y ha propiciado que esa diáspora liberal que él mismo provocó se forme en el extranjero para que un día regrese con “un tesoro inmenso de conocimientos prácticos, de experiencia y datos preciosos que pondrán un día al servicio de la patria”<sup>164</sup>.

Este providencialismo nacionalista vuelve a aparecer en *Argirópolis*, donde Sarmiento considera que los límites de los Estados Unidos de la América del Sur,

<sup>155</sup> Id., p. 330.

<sup>156</sup> Id., p. 338.

<sup>157</sup> Id., p. 333.

<sup>158</sup> Id., p. 356.

<sup>159</sup> Id., p. 59.

<sup>160</sup> Id., p. 364.

<sup>161</sup> Id., p. 356.

<sup>162</sup> Id., p. 356.

<sup>163</sup> Id., p. 357.

<sup>164</sup> Id., p. 362.

que deben incluir la Argentina, el Paraguay y el Uruguay, han sido previstos por la providencia:

La Providencia ha querido favorecernos, poniendo límites forzosos a nuestros deseos desordenados, y ligando de tal manera intereses diversos, que de la solución que las circunstancias del momento exigen, resulte la prosperidad de los estados del Río de la Plata, y la libertad de los pueblos que los forman.<sup>165</sup>

Como era de esperar, frente al mal de la barbarie y su demonio, Rosas, se erige el bien de la civilización y su mesías, profeta o apóstol, el propio Sarmiento, que narrará su historia con un tono mesiánico rayano en la megalomanía.

Al narrar cómo, en 1829, vio a los hombres de Facundo invadir el San Juan de su infancia, Sarmiento afirmará haber sufrido una conversión análoga a la de Pablo de Tarso: “He aquí mi visión del Camino de Damasco, de la libertad y la civilización. Todo el mal de mi país se me reveló de improviso entonces; ¡la Barbarie!”<sup>166</sup> Desde entonces, dirá, su misión va a ser luchar contra la barbarie de Quiroga y Rosas y “en las horas del reposo, que eran las de proscripción, abrir escuelas y enseñar a leer a las muchedumbres.”<sup>167</sup>

En ocasiones, llevado por el calor de su dogmatismo, Sarmiento pasará de hablar como un profeta o un predicador, cuya misión es “la obra de rehabilitación de lo justo y de lo digno”, para hablar como el Juez último, que debe “fustigar al mundo y humillar la soberbia de los grandes de la tierra, llámense sabios o gobiernos.”<sup>168</sup> “¡No! no se renuncia a un porvenir tan inmenso, a una misión tan elevada”.<sup>169</sup>

Asimismo, al salir exiliado hacia Chile, dice que sale, como Cristo, “lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos” y, como Cristo, se va prometiendo volver mediante un mensaje (“On ne tue point les idées”) que los hombres malos no entienden (“¡Y bien! dijeron, ¿qué significa esto?”). Pero ese Dios en el sepulcro que es Sarmiento en Chile nos explica que su mensaje significa que va a regresar: “que venía a Chile, donde la libertad brillaba aún, y que me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes.”<sup>170</sup>

Pero ¿cuál es, exactamente, el pecado original que viene a redimir este mesías criollo? Ciertamente, su nombre principal es “barbarie”, pero, del mismo modo que,

<sup>165</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1850, p. 36.

<sup>166</sup> Domingo Faustino Sarmiento, 2005, p. 13.

<sup>167</sup> Id., p. 13.

<sup>168</sup> Id., p. 54.

<sup>169</sup> Id., p. 46.

<sup>170</sup> Id., p. 36.

en el imaginario religioso, el hecho de “hacer el mal” adopta muchas formas, los pecados específicos, la barbarie se realiza de muy diversos modos. A lo largo de su obra, Sarmiento irá cambiando el énfasis en las diferentes formas de barbarie que se dan en la Argentina.

Una de las formas del pecado original es la violación de las leyes del paraíso. Para Sarmiento, existe una doble violación de dichas leyes: la primera, el ser hijos de la raza más bárbara de las que habitan Europa; la segunda, haber salido de ese paraíso terrenal que es Europa para ser arrojados a un continente “vacío”. En la Biblia, la expulsión del paraíso implicaba la pérdida de la inocencia, en la reformulación sarmientina, implica la pérdida de la capacidad industrial, la iniciativa comercial o el espíritu científico. Así, la población argentina es “nula en cuanto a capacidad industrial; porque no ha heredado de sus padres ni las artes mecánicas, ni las máquinas que las auxilian, ni el conocimiento de las ciencias que las dirigen y varían.”<sup>171</sup>

Otra forma del pecado original es la violación de los límites establecidos por Dios o sus reformulaciones secularizadas, la naturaleza, la razón o la nación. En este caso, los “argentinos” cometen el pecado de romper los límites que establecen la unidad nacional, habiéndose dividido en diversos países:

Las Repúblicas sud-Americanas han pasado todas más o menos por la propensión a descomponerse en pequeñas fracciones, solicitadas por una anárquica e irreflexiva aspiración a una independencia ruinosa, oscura, sin representación en la escala de las naciones.<sup>172</sup>

También en *Argirópolis*, Sarmiento afirma que su objetivo es hallar el medio de “constituir al país”<sup>173</sup>. Esto no implica, claro está, una actitud constructivista, sino, más bien, profética. Sarmiento se considera intérprete de los designios de la providencia, naturaleza o razón, que son los diversos nombres que asigna a la instancia de fundamentación trascendente a la que apela constantemente. Por eso Sarmiento afirma que “los Estados del Plata están llamados, por los vínculos con que la naturaleza los ha estrechado entre sí, a formar una sola nación”<sup>174</sup>; propone “una transacción fundada en la naturaleza de las cosas”<sup>175</sup>; y afirma que la Providencia ha que-

<sup>171</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1850, p. 122.

<sup>172</sup> Id., p. 88.

<sup>173</sup> Id., p. 3.

<sup>174</sup> Id., p. 88.

<sup>175</sup> Id., p. 41.

rido favorecer a los Estados del Plata, articulando sus intereses de tal manera que sólo unidos puedan prosperar.

Ciertamente, Sarmiento reviste de un barniz económico-político sus argumentos, al afirmar, en *Argirópolis*, que existe en la época “una propensión a aglomerarse las poblaciones” exigida “por las necesidades de la época” que lleva a las pequeñas naciones a pasar desapercibidas<sup>176</sup>. Sin embargo, debajo o, por lo menos, junto a esta explicación, está el esquema religioso, que afirma que el hombre no puede dividir las unidades establecidas por cualquiera de las hipóstasis de la divinidad.

Este *totum revolutum* de discursos heteróclitos dará lugar a monstruos conceptuales como el siguiente, donde Sarmiento habla como el Dios del Génesis, que crea realidades con el mero hecho de nombrarlas, hace referencia al mito de Atenea, que nació completamente formada del muslo de su padre Zeus, y apela a la autoridad del discurso de las ciencias sociales, con el que presuntamente ha descubierto la voluntad de la Providencia: “Que Argirópolis sea, y tales son las ventajas de su posición, que la virilidad completa será contemporánea de su infancia.”<sup>177</sup>

Pero, tal y como estudia Mercedes Serna en este mismo volumen, la forma final que adoptará el pecado capital argentino para Sarmiento es el de la mezcla racial. Así, en *Conflicto y armonías de las razas en América* (1882), Sarmiento considera que “la raíz del mal” ya no está sólo en que los accidentes geográficos, la extensión de las llanuras, etc., impiden la vida civilizada, sino “a mayor profundidad”, refiriéndose, claro está, a la mezcla racial.<sup>178</sup>

No se trata, sin embargo, de un mero odio por la mezcla, puesto que Sarmiento desea, de un lado, eliminar razas puras como la india y la negra y, del otro, estimular la mezcla con las *razas* europeas. Sarmiento no busca una apocatástasis racial. Sarmiento no detesta el mestizaje, sino la mezcla con razas asociadas al infierno de la barbarie exterior a Europa: los indios, los negros y, parcialmente y según el momento, los españoles. Aunque Sarmiento defiende estos argumentos con la incipiente pseudociencia del racismo, es fácil adivinar bajo estos argumentos la referencia a los degradados descendientes de Cam, el hijo maldito de Noé, que habitaban, según los teólogos medievales, los continentes exteriores a Europa: África y Asia y, según este teólogo-político que es Sarmiento, el Nuevo Mundo. Por eso Sarmiento considera funesta “la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido.”<sup>179</sup>

---

<sup>176</sup> Id., p. 87.

<sup>177</sup> Id., p. 92.

<sup>178</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, cit. en Solodkow, op. cit., p. 97.

<sup>179</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 64.

Esta sucesiva reformulación o acumulación de pecados originales y, por lo tanto, de formas diversas de redención es característica del pensamiento milenarista, que es otra de las narrativas religiosas que el nacionalismo hereda en su función de religión “moderna”.

Ciertamente, para Sarmiento, está próxima la caída del demonio y la instauración del reino de Dios: “con la caída de ese monstruo, entraremos por lo menos en el camino que conduce a porvenir tan bello”.<sup>180</sup> Sarmiento no cree “imposible que a la caída de Rosas se suceda inmediatamente el orden”, considera, incluso, que “ha de suceder la calma necesariamente”, en la que “el pueblo y el Gobierno huirán de cometer” un solo crimen.<sup>181</sup> Tanto es así, que desde la perspectiva de esa redención última, Sarmiento considera que ni siquiera los mazorqueros son “en el fondo malvados”, llegando no sólo a compararlos con los artífices del terrorismo revolucionario de 1793, sino destacando, incluso, los “millares de vidas salvadas por avisos que los mazorqueros daban secretamente a las víctimas”.<sup>182</sup>

Es característico del milenarismo que, una vez llegado el día marcado para la llegada del reino de Dios en la tierra, o lo que Sarmiento llama ese “otro tiempo” en el que “las cosas entren en su cauce ordinario”<sup>183</sup>, al ver que no sucede nada especial en la realidad, la teoría se redefine retrasando una y otra vez el día tan esperado.

Así, tras constatar que tras la independencia, que es el año cero de todo milenarismo nacionalista, las cosas no sólo no mejoraron, sino que empeoraron, Sarmiento pasará a afirmar que la redención nacional no llegará hasta la caída de Rosas:

La Revolución de la República Argentina está ya terminada, y que sólo la existencia del execrable tirano que ella engendró estorba que hoy mismo entre en una carrera no interrumpida de progresos que pudieran envidiarle bien pronto algunos pueblos americanos.<sup>184</sup>

En *Facundo*, la redención pasará por la caída de Rosas, el demonio que somete la Jerusalén americana de Buenos Aires, que ha llevar a cabo el general Paz, al que presenta, al final de *Facundo*, como un verdadero enviado de Dios:

---

<sup>180</sup> Id., p. 367.

<sup>181</sup> Id., p. 368.

<sup>182</sup> Id., p. 369.

<sup>183</sup> Id., p. 60.

<sup>184</sup> Id., p. 372.

La Providencia habrá querido darle este suplicio de condenado, haciéndolo carcelero y guardián del que estaba destinado desde lo alto a vengar la República, la humanidad y la justicia.<sup>185</sup>

Pero al constatar que, tras la caída de Rosas, las cosas siguen más o menos igual, Sarmiento se replanteará, en *Argirópolis*, la fecha y términos de la redención, que ahora ha de pasar por la unión de los Estados del Plata, esto es, por la restauración de la unidad nacional divina dictada por la providencia, la naturaleza o la razón. En este punto, ya no es el general Paz el enviado de la nación Argentina para obrar su redención, sino el mismo Sarmiento.

Al fracasar este sueño, Sarmiento se verá obligado a replantearse el pecado y la redención del pueblo argentino, llegando a considerar “el problema de la identidad nacional en términos raciales.”<sup>186</sup> Así, en *Conflicto y armonías de las razas en América* (1884) la salvación ha de obrarse por el blanqueamiento físico y espiritual mediante la sangre redentora de los inmigrantes procedentes de países avanzados. No es casual que al tratar este tema, Sarmiento intensifique los préstamos religiosos. La inmigración debe venir “para poblar nuestros desiertos” y hacernos “pueblo innumerable como las arenas del mar”<sup>187</sup>. Como buen demonio, Rosas impedía la inmigración, esto es, la llegada de la sangre salvífica.

Ciertamente, el proceso de redefinición de los términos de redención es una cuestión de énfasis. Así, aunque en *Facundo*, la redención es, fundamentalmente de tipo político o espiritual –“el movimiento de las ideas europeas”<sup>188</sup>–, eso no quita que haya un elemento racial: “el elemento de orden y moralización (...) es la inmigración europea”.<sup>189</sup> Esto se debe a que en aquel momento, las razas no eran concebidas en términos exclusivamente biológicos, sino también culturales.

También en *Argirópolis* existe una apuesta por la depuración racial de la población argentina. Depuración que tiene dos movimientos bien claros: la inmigración europea (“el europeo trae consigo una parte de la ciencia, de la industria y de los medios mecánicos de producir de las naciones civilizadas”<sup>190</sup>) y la exterminación de los indios (“Nuestras expedicioncillas a los indios para volver con historias y parruchas son *especulaciones* ruines de gobernantes para arrancar contribuciones y enriquecerse”<sup>191</sup>). De ahí que una de sus propuestas sea la construcción de una frontera

---

<sup>185</sup> Id., p. 373.

<sup>186</sup> Cit., en David Solodkow, op. cit., p. 99.

<sup>187</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 44.

<sup>188</sup> Id., p. 107.

<sup>189</sup> Id., p. 369.

<sup>190</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1850, p. 124.

<sup>191</sup> Id., p. 131.

de fuertes habitados por “colonos militares” que permita eliminar “las tribus salvajes”<sup>192</sup>.

Llegados a este punto, Sarmiento, que no tiene reparos en echar mano al discurso que más pueda convenirle, resucita el discurso de Cruzada del que echó mano, a su vez, la Corona española a la hora de conquistar América. Si ya en *Facundo* se había preguntado retóricamente si “después de la Europa, ¿hay otro mundo cristiano civilizable y desierto que la América?”<sup>193</sup>; en *Argirópolis*, dividirá la Argentina en dos partes, el interior, que “los indios salvajes” asolan “con sus depredaciones”, y “la parte ocupada por los cristianos”<sup>194</sup>; y en *Conflicto y armonías de las razas en América*, afirmará que el cristianismo “está destinado, sin duda, a dominar la tierra”<sup>195</sup>.

En todo caso, si bien es cierto que la cuestión racial aparece desde un principio en la obra de Sarmiento, no configura desde un inicio el núcleo del pecado original de la nación argentina, sino que lo va ocupando progresivamente, a medida que Sarmiento se vea obligado a redefinirlo en vistas del incumplimiento de las expectativas que le marcaba su milenarismo nacionalista.

#### IV

Desde el momento en que el sistema de las comunidades religiosas, cifrado en el *cuius regio eius religio*, que establecía que todos los habitantes de un territorio debían ser de la misma confesión religiosa que su monarca, entre en crisis con el Edicto de Nantes, de 1598, la religión empezó a perder su poder como criterio de delimitación de las unidades políticas y fuente de poder político. Así que no van a ser sólo la ciencia moderna o la filosofía ilustrada las responsables de la secularización de las sociedades occidentales, sino también, por no decir sobre todo, el hecho de que, a raíz del cisma protestante y las guerras de religión, la religión dejase de funcionar como el principal elemento de definición, cohesión y legitimación sociopolítica.

Será el nacionalismo<sup>196</sup> el nuevo cemento sociopolítico que sustituya a una religión que no ha dejado tanto un vacío de tipo espiritual como político. La nación

<sup>192</sup> Id., p. 128.

<sup>193</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 2005, p. 44.

<sup>194</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1850, p. 125.

<sup>195</sup> Domingo Faustino Sarmiento, op. cit., 1999, p. 186.

<sup>196</sup> Que no es sólo una teoría política que afirma que la única unidad político-social posible es el estado-nación, sino también una cosmovisión que afirma que las fronteras nacionales son relevantes en los ámbitos ético, estético y cultural. Véase al respecto: Bernat Castany Prado, *Literatura posnacional*, Editum, Murcia, 2007.

pasará a ser, pues, el nuevo dios fundamentador de la comunidad y el poder. El gobernante dejará de ser “Rey por la gracia de Dios”, para devenir “Presidente por la gracia del Pueblo”. En este trueque, la nación heredará los atributos divinos y la retórica sacra que la rodea, como hemos visto ejemplificado en la obra de Sarmiento. No nos encontramos, sin embargo, ante un trasvase inocente de meros rasgos formales.

Suele cerrarse este asunto afirmando que el nacionalismo es una “religión civil”, como si dicha expresión apuntase a una religión secularizada, civilizada, domesticada. Lo cierto es que, por lo menos para la tradición liberal, dicha expresión es una contradicción en los términos o, al menos, una violación de uno de los principios esenciales del liberalismo: la separación de las esferas religiosa y política.

Ciertamente, el carácter religioso del nacionalismo reintroduce en la esfera política aquellos elementos sentimentales, irracionales e innegociables que revelaron, durante las guerras del siglo XVI, que la religión era incompatible con la vida política. En el mismo momento en que se echaba a “Dios” por la puerta, este volvía a entrar, metamorfoseado, por la ventana. Como decía Sarmiento, aunque pensase sólo en un aspecto de esta cuestión: “On ne tue point les idées.”

## BIBLIOGRAFÍA

- CABALLERO WANGÜEMERT, María M., *Introducción a “Recuerdos de provincia” de Domingo Faustino Sarmiento*, edición digital, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010
- CASTANY PRADO, Bernat, *Literatura posnacional*, Editum, Murcia, 2007.
- SARMIENTO, Domingo Faustino, *Arjirópolis o la capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*, Imprenta de Julio Belin, Santiago, 1850.
- *Domingo Faustino Sarmiento, Antología de pensamiento político, social y económico de América Latina*, ed. De Victoria Galvani, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1991.
- *Facundo. Civilización y barbarie*, Cátedra, Madrid, 2005.
- *Recuerdos de provincia*, Emecé, Buenos Aires, 1998.
- SERNA ARNAIZ, Mercedes, “De *Recuerdos de provincia* a *Conflicto y armonías de las razas en América*: El retrato de Domingo Faustino Sarmiento y el destino de América”, en *Monteagudo*, Murcia, 2011.
- SOLODKOW, David, “Racismo y nación: conflictos y (des)armonías identitarias en el proyecto nacional sarmientino”, en *Revista Decimonónica*, Volumen 2, número 1, verano, 2005.

ZEA, Leopoldo, *El pensamiento latinoamericano*, edición a cargo de Liliana Jiménez Ramírez, 2003.  
– compilación, prólogo y cronología al *Pensamiento positivista latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980